



La identidad mutante. La construcción de la identidad en los hijos de inmigrantes

Nathalie Hadj Handri

*Doctora en Lengua y Civilización Española y Latinoamericana,
Universidad de la Sorbonne Paris-IV.
Colaboradora del Grupo de Investigación Multiculturalismo y Género,
Universidad de Barcelona*

Sumario

-
1. Los sísifos de la identidad.
 2. Los espacios de existencia.
 3. Las derivas de la no integración.
 4. Bibliografía.
-

RESUMEN

Las segundas generaciones de inmigrantes deben enfrentarse a dificultades con el fin de mantener el equilibrio entre la cultura de origen y la de acogida y obtener la aceptación social que allane el terreno de la integración. La identidad de estos jóvenes está en permanente construcción precisamente por la necesidad de reconocimiento social. Los obstáculos o las facilidades que encuentren en su adaptación determinarán la elección de la identidad que consideren más coherente. No todas las comunidades son iguales a la hora de integrarse, ni encuentran las mismas dificultades de aceptación. La institución escolar y el valor que representa como posible ascensor social, y el lugar de residencia son determinantes en la elaboración de la identidad. Existen derivas cuando, precisamente, el proceso de integración fracasa y estas se traducen en manifestación de violencia o acercamiento a radicalismos que son reveladores del malestar que padecen estas segundas generaciones.

Palabras clave:

Inmigración, segunda generación, integración, discriminación, comunitarismo.

**ABSTRACT**

Second-generation immigrants face numerous difficulties as they endeavour to strike a balance between their culture of origin and that of their new country and to obtain the social acceptance that helps them to integrate. The identity of these young people is permanently under construction precisely because of the need for social recognition. The obstacles or aids which they encounter in their adaptation determine the choice of identity which they find most coherent. Not all communities are the same when it comes to integrating, and nor do they encounter the same difficulties when it comes to being accepted. Schools as an institution and the value that they represent as a means of ascending the social ladder, the place of residence, are decisive in forming an identity. There are derivations precisely when the process of integration fails and they translate into a manifestation of violence or shift towards radicalisms which reveal the unease that these second generations feel.

Key words:

Immigration, second generation, integration, discrimination, communitarism.



¿Cuál es el lugar que ocupa la identidad cuando se habla de segundas generaciones de inmigrantes que, precisamente, no han emigrado nunca? ¿Se nace inmigrante o la inmigración es un proceso del que uno es sujeto activo? ¿Puede uno heredar el rasgo de la extranjería y, de ser así, transmitirlo a sus descendientes? En la actualidad se habla de segundas generaciones de inmigrantes para denominar a los descendientes de aquellos que sí decidieron abandonar sus países y establecerse en España con un proyecto migratorio indefinido en cuanto a duración, pero perfectamente definido en cuanto a su finalidad: el retorno. El uso del término *segunda generación* da a entender que se trata de una réplica de la generación anterior. Sin embargo, las divergencias entre una generación y la otra son mucho más numerosas que los puntos de encuentro. La distancia que experimentan los hijos de inmigrantes respecto a la generación que les precede es tan importante como la que perciben en relación con la sociedad de acogida. Los hijos de inmigrantes parecen condenados a ubicarse en un «entre dos», entre dos países, dos culturas, dos idiomas, incluso, a veces, entre dos religiones. Lo cierto es que, a fuerza de encontrarse en un espacio indefinido, estos acaban siendo invisibles, no «contables» en ninguno de los territorios de pertenencia. La inmigración siempre altera la identidad cultural, pero, en el caso de los hijos de inmigrantes, la identidad está en constante proceso de construcción, es un puzzle cuyas piezas no siempre encajan, ni son coherentes, pero que responden a una necesidad visceral de reconocimiento cualquiera que sea su procedencia.

1 LOS SÍSIFOS DE LA IDENTIDAD

Definir al ser indefinido

Si, como lo define el sociólogo Smaïn Laacher, el extranjero es «aquel que no estaba entre nosotros desde el principio», la presencia de sus descendientes carece aún más de sentido, por tratarse de aquellos que estaban desde el principio, pero que no deberían estar por venir de fuera.

Lo que define las segundas generaciones es, ante todo, su «no lugar», ni de aquí, ni de allí.



Parecen surgir de la nada y estar condenados a quedarse en ese espacio invisible. Pero, dentro de esa incertidumbre acerca de la pertenencia identitaria, la propia denominación que se les otorga, *segunda generación de inmigrantes*, ya indica que el elemento que rige a la hora de su identificación consiste, fundamentalmente, en su extranjería. Una extranjería que, curiosamente, se hereda. Los inmigrantes nunca dejan de ser extranjeros y los hijos de estos deben convivir, a su vez, con ese estigma. Por ello, el término *segunda generación* nos parece el más adecuado, por describir la prolongación de la extranjería, sobre todo, como modo de ser percibido, más que como realidad administrativa. El término *segunda generación de inmigrantes* es en sí una incorrección, partiendo del principio de que un país no produce inmigrantes y, por tanto, no se puede nacer siéndolo. Emmanuelle Santelli dice, refiriéndose a estas segundas generaciones, que el hecho de «continuar utilizando esta expresión (*los inmigrantes*) provoca, en realidad, la ilusión de que la llegada de estas personas acaba de producirse»⁽¹⁾ y, podríamos añadir, «de que también se irán». La mayoría de ellos han nacido en España o bien han llegado con corta edad, sin embargo, a pesar de que muchos sean españoles, no por ello son considerados como tales.

Francia utiliza el término *trabajador inmigrante* para denominar a sus extranjeros, subrayando que la esencia de su presencia es, fundamentalmente, su aportación al mercado laboral. Un inmigrante es la persona que acude a un país extranjero en busca de trabajo, que es lo que lo distingue del turista, que viene por ocio. Por consiguiente, aplicar el término *inmigrantes* a jóvenes que no pertenecen a la población activa y que ni tan siquiera han emprendido un desplazamiento territorial con este objetivo resulta una incoherencia, una incongruencia que, sin embargo, nos remite a la percepción que tiene de ellos la sociedad de acogida y que acabarán asumiendo también ellos. Un hijo de extranjero sigue siendo considerado como un extranjero, con el añadido de que su identificación cultural es compleja, variante, vulnerable y en constante mutación. Ahí reside la diferencia principal entre la generación que emprende la inmigración y la de sus descendientes; los primeros no tienen duda en cuanto a sus orígenes, tienen identificadas sus raíces, su historia, su idioma, sus creencias; sin embargo, los hijos de estos inmigrantes no saben dónde ubicarse, se debaten entre la necesidad de seguir una línea marcada por la historia familiar y la urgencia de entrar en el molde de la sociedad en la que han nacido. Por ello, aunque la terminología de *segunda generación de inmigrantes* sea una yuxtaposición de términos incompatibles entre

(1) SANTELLI, Emmanuelle. *La mobilité sociale dans l'immigration. Itinéraires de réussite des enfants d'origine algérienne*. Toulouse: Presse Universitaire du Mirail, 2001, p. 18.



sí, resulta adecuada para definir a los hijos de inmigrantes, porque estos, a su vez, representan una serie de elementos dispares cuyo equilibrio identitario es de difícil alcance.

Incoherencia en la nacionalidad

Existe, por una parte, una realidad administrativa que adjudica una nacionalidad, aplicando el derecho *jus soli*, que reconoce la adquisición, por parte de los hijos de inmigrantes, de los mismos derechos que los nacionales y, por otra parte, una realidad social que, más allá de la dimensión jurídica, sigue manteniendo a estos niños «entre dos naciones y dos nacionalidades y entre dos sociedades [...] productos y víctimas de una misma historia»⁽²⁾. Tal y como apunta el sociólogo francés Abdelmalek Sayad, que analizó el caso de los inmigrantes argelinos en Francia, la adquisición de la nacionalidad «confirma un cambio de estado civil [...] (pero) nada cambia, ni puede cambiar nada respecto a su condición de “inmigrantes” (lo que socialmente siguen siendo)». Añade Sayad que la obtención de la nacionalidad del país receptor tiene por objeto «vacunarse contra la expulsión»⁽³⁾. En este punto radica la diferencia entre padres e hijos: los primeros son expulsables y los segundos no, aunque sólo se trate de un derecho relativo. A menudo, la obtención de la nacionalidad del país de acogida no constituye un logro gratificante para los padres, puesto que entienden que «pierden» un poco a sus hijos al integrar una sociedad distinta a la suya y que a través de este gesto se compromete su deseo de retorno. Para los hijos, la nueva nacionalidad es vivida como una traición⁽⁴⁾, una primera ruptura que marca unas distancias dentro del núcleo familiar pero también en la relación con la comunidad de origen⁽⁵⁾, ya que este acto, a veces, es interpretado como una renuncia a los orígenes, y el sentimiento de culpabilidad que engendra en los hijos de inmigrantes no se puede paliar con la posibilidad de una mejoría de sus perspectivas de futuro. Luego, deberán enfrentarse a la incoherencia identitaria que padecen, deberán considerar la diferencia que existe entre lo que indica su documentación y la mirada que les remiten los otros; enfrentarse a lo que, en Francia, se llama *délit de faciés*, es decir, delito de cara —entiéndase ex-

(2) SAYAD, Abdelmalek. *La double absence. Des illusions de l'émigré aux souffrances de l'immigré*. París: Seuil, 1999, p. 343.

(3) *Ibidem*, p. 358.

(4) Sentimiento mucho más agudo cuando la población inmigrante procede de una antigua colonia del país de acogida. La traición consiste en haberse pasado al bando del «enemigo» a través de la nacionalidad.

(5) La comunidad de origen juega un papel muy importante en la alimentación de ese sentido de culpabilidad que transmite al inmigrante, al que tacha de poco solidario por irse al extranjero en vez de ayudar al auge de su país, que repercute en los hijos, susceptibles de romper definitivamente todo vínculo con el país de procedencia.



tranjera—, porque los rasgos físicos son lo primero que se percibe y son indicadores, mayores que la realidad administrativa, de la identidad. Tanto es así que ya se ha observado en España un aumento de la cirugía estética en inmigrantes para difuminar los rasgos étnicos⁽⁶⁾. Cada vez más se recurre a la rinoplastia, blefaroplastia o aplicación de tratamientos con el fin de esclarecer el color de piel. Otros recurren a un cambio de nombre con el fin de obtener un empleo y que el nombre extranjero deje de ser una barrera para una entrevista⁽⁷⁾. Todo ello, para obedecer a unas normas estrictamente occidentales y facilitar, de ese modo, el difuminarse dentro de la masa considerada «de referencia». El problema de la coherencia identitaria, armonía o disfuncionalidad que conlleva la elección de una nacionalidad alcanza su punto álgido cuando son los hijos de inmigrantes los que deben decantarse por la nacionalidad de origen o la del país de acogida. El cambio de nacionalidad es interpretado como la prueba irrefutable del éxito de la integración. Sin embargo, la nacionalización nunca es el resultado de un impulso, ni consiste en un mero trámite administrativo que viene a formalizar, judicial y administrativamente, un cambio de identidad cultural asumido. La nacionalización es un proceso complejo y antitético que equivale a una amputación por cuanto es necesario proceder a una ruptura con la comunidad de origen y un trasplante, porque se añade un nuevo componente identitario, con el consiguiente reconocimiento social, jurídico y político, que conlleva este cambio. La naturalización, pues, reviste múltiples facetas, implica renunciaciones y cambios que desembocan en situaciones difíciles, a veces incoherentes y siempre incompletas.

La esquizofrenia cultural

Los hijos de inmigrantes suelen, por deferencia a sus padres, respetar y acatar las normas culturales vigentes en el hogar no tanto por apego a la sociedad de origen —con la que, a menudo, tienen poco contacto—, sino porque pende sobre ellos, a modo de espada de Damocles, el retorno al que se aferran sus progenitores para justificar su proyecto migratorio. La permanencia del inmigrante en el país donde ha decidido establecerse no es nunca un hecho adquirido. Su presencia es aleatoria y está condicionada a elementos ajenos a su voluntad. La pérdida del trabajo, un cambio en la política migratoria que plan-

(6) PRATS, Jaime. Centenares de inmigrantes recurren al bisturí para limar rasgos étnicos. *El País*, 04/08/08.

(7) NEGROUCHE, Nasser. Changer de nom pour trouver un emploi. Discrimination à la française. *Le Monde Diplomatique*, n.º 13405, marzo 2002, p. 7.



tee la expulsión del extranjero en paro⁽⁸⁾ o una ayuda al retorno son otros tantos ingredientes que, en primer lugar, subrayan el hecho de que el inmigrante es «tolerado» sólo en determinadas circunstancias y, en segundo lugar, que esta invitación tácita a no quedarse indefinidamente en el país de acogida obliga al inmigrante a no integrarse y obstaculiza, al mismo tiempo, la integración de sus hijos. En este contexto, los hijos de inmigrantes no ven la necesidad de apegarse a un país que en cualquier momento puede deshacerse de ellos. Ante esta perspectiva, el mantenimiento de la identidad cultural de origen representa una garantía para los hijos de inmigrantes de poder cuajar, en el caso de un retorno, en el país de procedencia, donde no se pone en duda la legitimidad de su nacionalidad. El retorno es un sueño voluntario de los padres que alimentan adrede y comparten con sus hijos para hacer más soportables sus condiciones de vida; sin embargo, las invitaciones recurrentes a abandonar el país en el caso de haber perdido el empleo son una amenaza. Preguntémosnos, pues: ¿cómo percibe el hijo de inmigrante el país de acogida? ¿Le apetece fundirse en él o, al contrario, prefiere no impedir el deseo de retorno?

Tal vez sea atrevido hablar de pulsión natural hacia la integración cuando hablamos de niños recién llegados a nuestro país, pero lo cierto es que existe una inclinación, si no a la integración propiamente dicha, al menos a la «no diferencia», a limar o apartar todos aquellos aspectos que evidencian la no pertenencia al grupo mayoritario. El inmigrante, cualquiera que sea su procedencia y aun cuando se esfuerce en mantener estrecho el vínculo que lo une a su país de origen, no es hermético a los cambios que implica su residencia en otro país. El retornado esporádico al país de origen, donde cada vez se hace más patente su occidentalización, sobre todo en el caso de los magrebíes —ya sea por el atuendo, los cambios de hábitos—, somete al inmigrante a un reto de difícil superación: el tener que demostrar que la experiencia de la inmigración no ha alterado su apego a sus orígenes, su cultura. La comunidad de origen, lejos de compadecerse del sacrificio del compatriota emigrado, hace pesar sobre él la sospecha de la insolidaridad por no haberse quedado. Los inmigrantes de segunda generación se sienten extranjeros por imposición familiar y social, en su propio país, en primer lugar, pero también en el de procedencia. Sufren una «esquizofrenia cultural» que les hace reivindicar la identidad contraria al país donde se encuentran. De vuelta al país de sus progenitores es cuando harán alarde de la identidad cultural del país de acogida probablemente por la seguridad que les otorga.

(8) Iniciativa que entraba dentro de la propuesta de «Contrato de inmigración» que planteaba el Partido Popular en su campaña electoral de 2008.



2 LOS ESPACIOS DE EXISTENCIA

Los peligros del comunitarismo

De forma natural, el inmigrante suele instalarse allá donde estén algunos de sus compatriotas, por mantener la red de solidaridad y porque el inmigrante que lleva más tiempo tiene una experiencia que compartir. Los barrios en los que se ubican suelen ser los más desfavorecidos por el bajo coste de las rentas de alquiler y por la dificultad de adquirir una vivienda en alquiler en zonas más concurridas. En algunas regiones, como Almería, con gran población inmigrante, el alojamiento puede incluso situarse en los mismos plásticos donde trabajan, en viviendas derruidas o almacenes, en condiciones infrahumanas, donde falta lo básico⁽⁹⁾: agua corriente, alumbrado, etc. La necesidad de ubicar la mano de obra a proximidad de los invernaderos crea una discriminación espacial que fomenta el comunitarismo, es decir, el repliegue identitario que consiste en anteponer la comunidad al propio individuo.

El hecho de relegar al inmigrante a un espacio donde no existe posibilidad de convivencia con personas pertenecientes a otras comunidades —ya sean étnicas, religiosas, culturales, sociales— sedimenta el enaltecimiento de valores tradicionales construidos en un pasado idealizado y mítico, en contradicción a veces con los valores de la sociedad de acogida. Este fenómeno atañe también a los descendientes de estos inmigrantes, que, en reacción, recurren a la ocupación ostentosa del espacio para paliar su poca visibilidad social. Los jóvenes de segunda generación ejercen un «nacionalismo de portal», tomando posesión a ultranza de las entradas de inmuebles, pero también de bares, medios de transporte. También cabe señalar que esta sociabilidad de calle, más que un rasgo mediterráneo, obedece a una necesidad de alejarse del domicilio familiar, a menudo «sobreocupado».

¿Igualdad de integración?

Se suele hablar de segunda generación como si se tratara de un grupo homogéneo que debe enfrentarse a las mismas dificultades de integración y reconocimiento. Si bien es cierto que el denominador común es la extranjería, no hemos de infravalorar el peso de la procedencia a la hora de ser aceptado por la sociedad de acogida. Los problemas a los que se enfrentará un chico del Este

(9) CHECA, Francisco (dir.). *El Ejido: La ciudad-cortijo. Claves socioeconómicas del conflicto étnico*. Barcelona: Icaria, 2001, p. 24.



no son equiparables con los de un marroquí o un subsahariano, puesto que cuantas más variantes diferenciales —tanto físicas como culturales—, más se tendrá que enfrentar al rechazo y al racismo de su entorno más inmediato (colegio, vecindario, etc.). No de ahora, sino desde hace muchos años, existe el lugar común que consiste en pensar que todos los inmigrantes procedentes de Europa son «más asimilables» que los extracomunitarios⁽¹⁰⁾. Lo cierto es que ocurre todo lo contrario, es decir, cuanto más procede del Primer Mundo (Francia, Gran Bretaña, Suecia, etc.), menos necesidad siente el menor de adaptarse a una sociedad que considera igual o inferior a la suya. Al contrario, se observa que en el aprendizaje del idioma, marcador principal de integración en el medio escolar, son, precisamente, los que vienen de países en vías de desarrollo los que despliegan el mayor esfuerzo en dominar la lengua, porque, como ya lo analizaremos más adelante, el valor que se le otorga a la institución escolar como ascensor social recobra un valor especial para estos. Esa creencia errónea de que existen nacionalidades más proclives a la integración por determinados puntos culturales comunes, como lo pueden ser el idioma o la religión —como es el caso de los latinoamericanos—, debería plantearse de otro modo, puesto que la integración no funciona sólo en un sentido y la sociedad de acogida no es un sujeto pasivo. En este contexto, y producto de la islamofobia ambiente desde el atentado del 11 de septiembre, Occidente mira a Oriente con recelo y, por consiguiente, la segunda generación de inmigrantes procedente del Magreb es la más estigmatizada y la que más dificultades padece para encontrar un espacio dentro de la sociedad de acogida.

El colegio como ascensor social

En el colegio y en el ascenso social de sus hijos están puestas todas las miras de los inmigrantes que soportan unas condiciones de trabajo deficientes con tal de ofrecerles la posibilidad de desempeñar un trabajo más gratificante que el que están realizando. La implicación de los padres, su fe en el sistema escolar que muchos de ellos desconocen⁽¹¹⁾, se materializa en la inversión financiera que realizan para que la escolarización se lleve a cabo⁽¹²⁾. Esta partida

(10) Véase el discurso de ex presidente de la República Francesa Jacques Chirac cuando durante una cena-debate ante su electorado dijo: «Es cierto que el hecho de tener a españoles, polacos y portugueses trabajando en nuestro país plantea menos problemas que de tener a musulmanes y a negros» para luego referirse «al ruido y a los olores» de una familia africana. Declaraciones altamente xenófobas que no hacen más que difundir un estereotipo discriminatorio.

(11) SANTELLI, Emmanuelle. *La Mobilité sociale dans l'immigration*, op. cit., p. 170. La autora apunta que, a diferencia de las clases populares, que han experimentado un fracaso en su recorrido escolar, las familias inmigrantes con poca o ninguna escolarización demuestran más confianza en las posibilidades que ofrece la instrucción.

(12) *Ibidem*.



económica destinada a la educación de los hijos, teniendo en cuenta la escasez de medios, pone de relieve el valor otorgado a la institución escolar como instrumento de mejoría social.

En España, durante el curso 2006/2007 estaban escolarizados 637.676 alumnos extranjeros⁽¹³⁾, el mayor porcentaje —un 10,3% se encuentra cursando educación primaria— y las cifras indican que el porcentaje disminuye a partir del bachillerato, representando un 4%, y aumenta en formación profesional.

El colegio puede ser un espacio de integración tanto como de exclusión. De hecho, y volviendo a lo ya señalado anteriormente, existen grupos de mayor aceptación por parte de los nativos, como los alumnos procedentes de Latinoamérica, gracias al denominador común del idioma y la religión, y grupos que experimentan cierto grado de rechazo, como es el caso del grupo representado por magrebíes y africanos⁽¹⁴⁾. Se apunta a que «los guetos pueden ser buscados por las propias minorías para lograr inmediatamente mejores relaciones»⁽¹⁵⁾, aunque la experiencia francesa en este dominio indica que la reagrupación o guetización funciona más bien como un acto reflejo al rechazo que se percibe. Dicho de otro modo, el sectarismo no es más que una reacción a la dificultad de integrar el grupo. Si partimos de la base de que el colegio sirve de ensayo a las relaciones sociales que el alumno encontrará fuera de las aulas, el panorama no es nada halagüeño.

La primera discriminación a la que se enfrentan estos jóvenes de segunda generación se sitúa, pues, en el medio escolar. El fracaso escolar suele afectarlos con más frecuencia que al resto de alumnos y, el colegio, para un alumno con dificultades, viene a ser el lugar donde le remiten la imagen de sí mismo, desvalorizada⁽¹⁶⁾. Existe un fenómeno —que ya se ha ido observando en países de más tradición en lo referente a recepción de inmigrantes y que ha empezado a manifestarse en España— que consiste en evitar el ingreso de niños autóctonos en centros escolares con gran índice de extranjeros, debido a la creencia de que esta presencia obstaculiza el buen desarrollo de la enseñanza. Por consiguiente, la guetización espacial no encuentra una espita en la escolarización y sí una consolidación de la reagrupación por origen social y étnico, lo que está en las antípodas del propósito de integración. También se observa la orientación profesional de los jóvenes de segunda generación tal vez con la intención, como lo subraya Sayad, de reproducir *in situ* la fuerza de trabajo que los padres de es-

(13) Ministerio de Educación.

(14) SEVILLANO, Elena. Las fronteras nacen en la escuela. *El País*, 7/04/08.

(15) *Ibidem*.

(16) ROCHE, Sebastián. *La délinquance des jeunes. Les 13-19 ans racontent leurs délits*. París: Seuil, 2001, p. 131.



tos jóvenes han aportado a través de la inmigración⁽¹⁷⁾. Sin embargo, este procedimiento obstaculiza el ascenso social al que aspira la segunda generación y produce un sentimiento de frustración profesional que se añade al de aislamiento espacial anteriormente señalado, caldo de cultivo para acrecentar la marginación y la radicalidad de posiciones frente a lo que es considerado como un rechazo y que, a veces, desemboca en manifestaciones de violencia⁽¹⁸⁾.

3 LAS DERIVAS DE LA NO INTEGRACIÓN

Una vuelta al origen

Cuando fracasa la integración, cuando los signos de exclusión social se hacen demasiado evidentes y las perspectivas de futuro se ven mermadas por el fracaso escolar y el abandono de los estudios —y, consecuencia de ello, del cumplimiento del deseo familiar de mejoría social—, en ocasiones el inmigrante de segunda generación opta por volver a la identidad de origen de forma exacerbada. Como toda conversión, esta se ejecuta de forma radical, acrecentando las características de mayor trascendencia, aunque esta transformación resulte en sí una incoherencia añadida. En el caso de los musulmanes, la religión representa la seña de identidad escogida para marcar la diferencia con la sociedad de acogida como acto reflejo frente a la estigmatización de esta religión⁽¹⁹⁾.

Como señala Javier de Luca, «la configuración de la identidad es un proceso abierto, dinámico, evolutivo, no hay identidades rígidas, sino más bien lo que algunos han calificado como un *switching*, un continuo desplazamiento o cambio (proceso de permanente reconstrucción) junto a una fragmentación o compresencia de diferentes rasgos identitarios en cada individuo»⁽²⁰⁾. Y precisamente debido a la elasticidad de la identidad y a la carencia de raíces, de historia, algunos jóvenes magrebíes construyen una idea de lo musulmán magnificada. Se remiten a una identidad común, por considerar poco valiosa la de origen, a pesar de que la comunidad musulmana no es homogénea y poco tienen en común el musulmán magrebí de la inmigración, explotado laboralmente, y el musulmán saudí. El giro hacia el islam les permite solventar

(17) SAYAD, Abdelmalek. *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*. París: De Boeck Université, p. 65.

(18) Como está ocurriendo en los suburbios franceses.

(19) Sobre todo, desde la perpetración de actos terroristas de gran envergadura, como el atentado de las Torres Gemelas o el de la estación de Atocha.

(20) DE LUCAS, Javier. Las sociedades multiculturales y los conflictos políticos y jurídicos. *Cuadernos de Derecho Judicial*, n.º VI, 2001.



parte del conflicto identitario. El inmigrante de segunda generación se acerca a la religión para preservar o consolidar los vínculos de origen. Este gesto debe ser tomado por lo que es: una transgresión, una reivindicación de singularidad cultural. Esta rebeldía tiene dos frentes. En primer lugar, va dirigida al núcleo familiar que la experiencia de la inmigración ha alejado de la práctica religiosa y, en segundo lugar, a la sociedad de acogida que anatematiza el islam. El problema que se plantea es cuándo esta religiosidad se desvía en radicalidad y esta toma raíces, ahí donde la integración no se ha realizado. El discurso integrista cuaja en el terreno de cultivo predilecto de la marginalidad y responde a una necesidad visceral de reconocimiento que las instituciones deberían otorgar.

Violencia o expresión de desubicación

Cada vez más, el fenómeno de la violencia urbana va ampliando su espacio en los medios de comunicación y discursos políticos. El incremento de la inseguridad ciudadana contribuye a establecer una peligrosa amalgama que vincula delincuencia a inmigración. El discurso excluyente hecho desde las instituciones cuaja en el imaginario colectivo, puesto que el desconocimiento del otro, del inmigrante, y la contundencia de las declaraciones de algunos políticos participan en elaborar una imagen del extranjero peligrosa y violenta, y esa percepción se extiende a las segundas generaciones.

Es probable que, a la vista de la experiencia francesa, estas generaciones tengan alguna tendencia a inclinarse hacia la violencia una vez agotadas las vías de posibilidad de mejora social y económica —ya sea la pequeña delincuencia de barrio o, en el otro extremo, la adhesión a grupos extremistas—, pero el paso, más o menos prolongado, con diversos grados de implicación no es más elevado que el de los autóctonos en la misma situación socioeconómica. Lo que sí difiere son los motivos por los que los jóvenes de segunda generación incurren en actos delictivos. En primer lugar, pero este hecho no se aplica al conjunto de los inmigrantes, existen unas incidencias de la memoria colonial que, si bien allanan el terreno de la adaptación para los padres, suscitan en sus hijos un sentimiento de rebeldía radicalmente opuesto a la actitud de sumisión de los padres, como si, de algún modo, se sintiesen en la obligación de llevar a cabo la misión emancipadora que no han podido cumplir sus progenitores. La memoria colonial, en estos casos, entorpece la integración. Se añade a esta reticencia heredada de la memoria colonial y aprehensión hacia la sociedad de acogida una voluntad férrea, por parte de las segundas generaciones, de no reproducir el modelo paternal, modelo devaluado e incluso des-



preciado por su sumisión y su pasividad ante las injusticias de las que son objeto. Las segundas generaciones son, en general, más reivindicativas que la generación anterior, puesto que son conscientes de que poseen derechos que los sitúa en un lugar de menos vulnerabilidad. Para la comunidad magrebí, al modelo de inmigrante fracasado con el que no desean identificarse las generaciones que les suceden se le denomina *zoufri*: «un personaje con pasamontañas y casco de obra, resignado y quejoso de su *mektoub*, que arrastra la nostalgia de su país entre la obra y el hotel sórdido, con unos aires que evocan el exilio, la explotación, el desarraigo, la música folklórica y el té con menta»⁽²¹⁾. Ahora bien, el *zoufri* es transferible a las demás comunidades y los hijos de inmigrantes, de manera general, rehúsan ser maltratados socialmente y reivindican lo que se podría llamar el «honor social», que se traduce en una voluntad de reparación o rehabilitación⁽²²⁾ que o bien toma el sendero del ascenso académico o el de la violencia, que viene a ser la forma más inmediata y desesperada de manifestar el malestar que padecen. En cualquier caso, existe una necesidad visceral de ocupar una posición diferencial frente a la actitud paternal de la que han sido espectadores⁽²³⁾.

Hemos hablado aquí de segundas generaciones en situación de dificultad identitaria. No se trata de generalizar y considerar que, forzosamente, cada hijo de inmigrante deba experimentar un malestar que desemboque en manifestaciones de violencia urbana o de radicalización religiosa. Aspiramos a señalar un fallo en la compleja maquinaria de integración que hace que miembros de una sociedad sean mantenidos al margen y experimenten dificultades para ejercer sus derechos. La integración no se limita a la voluntad de los inmigrantes a aceptar los valores del país de acogida. Este, a su vez, debe abandonar su eurocentrismo, su afán de imponer un estricto modelo occidental menospreciando así las señas de identidad de las culturas minoritarias del país. Mientras estas señas no incurran en delito no hay motivo para que no sean aceptadas. De hecho, las segundas generaciones suelen seleccionar los valores que de cada cultura merecen ser conservados. Paradójicamente, los inmigrantes de segunda generación son los que ayudan a la permanencia de valores y costumbres que se alteran forzosamente con la inmigración. Al necesitar un vínculo de identificación de origen, los inmigrantes de segunda generación invitan a sus padres, en su búsqueda de raíces, a mantener viva la memoria.

(21) BOUBEKER, Ahmed. *Familles de l'intégration. Les ritournelles de l'ethnicité en pays jacobin*. París: Stock, 1999, p. 102.

(22) En Francia, los hijos de inmigrantes argelinos, denominados «los indígenas de la República», redactaron un manifiesto reclamando la rehabilitación histórica y social de sus padres.

(23) BEAUD, Stéphane. Révolte dans les quartiers. Émeutes urbaines, violence sociale. *Le Monde Diplomatique*, julio 2001, p. 6.



En cierto modo, el primer inmigrante corta el cordón umbilical con la tierra y ejerce la difícil tarea de proceder a la separación. El hijo, sin embargo, sirve de puente. No es de extrañar, por tanto, que sea, a menudo, la segunda generación la que inicia el retorno y provoque, con ella, la vuelta de los padres que ya no se atreven a emprender la vuelta. El retorno indica que se ha llegado al final del recorrido de una vida. El retorno, en inmigración, a menudo significa volver para morir.

4 BIBLIOGRAFÍA

- BEAUD, Stéphane. Révolte dans les quartiers. Émeutes urbaines, violence sociale. *Le Monde Diplomatique*, julio 2001.
- BOUBEKER, Ahmed. *Familles de l'intégration. Les ritournelles de l'ethnicité en pays jacobin*. París: Stock, 1999.
- CHECA, Francisco (dir.). *El Ejido: La ciudad-cortijo. Claves soioeconómicas del conflicto étnico*. Barcelona: Icaria, 2001.
- DE LUCAS, Javier. Las sociedades multiculturales y los conflictos políticos y jurídicos. *Cuadernos de Derecho Judicial*, n.º VI, 2001.
- LAACHER, Smain. *Femmes invisibles. Leurs mots contre la violence*. París: Calmann-lévy, 2008.
- NEGROUCHE, Nasser. Changer de nom pour trouver un emploi. Discrimination à la française. *Le Monde Diplomatique*, n.º 13405, marzo 2002.
- PRATS, Jaime. Centenares de inmigrantes recurren al bisturí para limar rasgos étnicos. *El País*, 04/08/08.
- ROCHE, Sebastián. *La délinquance des jeunes. Les 13-19 ans racontent leurs délits*. París: Seuil, 2001.
- SANTELLI, Emmanuelle. *La Mobilité sociale dans l'immigration. Itinéraires de réussite des enfants d'origine algérienne*. Toulouse: Presse Universitaires du Mirail, 2001.
- SAYAD, Abdelmalek. *L'immigration ou les paradoxes de l'altérité*. París: De Boeck, 1997.
- *La double absence. Des illusions de l'émigré aux souffrances de l'immigré*. París: Seuil, 1999.
- SEVILLANO, Elena. Las fronteras nacen en la escuela. *El País*, 7/04/08.